

# Alvaro Mutis

## o la desolación del tiempo

Escribe: EDUARDO LOPEZ

Desde México y en una pulcra edición, Alvaro Mutis nos ha hecho entrega de su último libro, *Los trabajos perdidos*, cuyo título parece revelar una sutil analogía con aquel otro, pleno de esencias, que nos legara Hesíodo. Pero la relación es apenas nominal, de simples palabras, y las palabras, en una época imposibilitada para la comunicación profunda, no son sino gestos vacíos de significado que cada vez estrechan más en torno nuestro el inexorable silencio de la soledad. Soledad que remplaza el diálogo, uniéndonos, paradójicamente, en una comunión de vacíos. "Los muros sociales nos separan pero la soledad nos acerca los unos a los otros", escribió lúcidamente Ionesco.

Alvaro Mutis se ha empeñado en entregar su propia y dolorosa experiencia tras la arquitectura del poema, a fin de entablar con sus lectores el necesario diálogo que le reclamaba su ya largo silencio de artista conmovido ante el espectáculo del universo. Sobra advertir que tras este reclamo está implícita la cotidiana exigencia del poema: la comunicación. Casi podría afirmarse que la esencia de la verdadera poesía es llegar hasta los otros, hundirse en ellos y despertar en sus sensibilidades aquella admiración que es epifanía y deslumbramiento. Esta vez, claro está, la admiración está contenida en las palabras y estas ya no separan sino que identifican y armonizan. Con base en ello, ¿se nos permitirá particularizar aún más y afirmar que la comunicación es la función social por excelencia de la poesía?

Decíamos que Alvaro Mutis ha querido romper un largo silencio con su nuevo libro. En realidad, lo ha hecho incomparablemente: *Los trabajos perdidos* es un hondo testimonio que le coloca entre las figuras más representativas de su grupo generacional. Y esta no es una universalización tan vaga e inexacta como aquellas que nos entrega en cada oportunidad nuestra supuesta "crítica", ni un a priori lanzado por simple prurito juvenil e iconoclasta. Nada de eso. Es, por el contrario, la afirmación despreñada de un cuidadoso examen que no duda en sacrificar la preferencia

personal a la auténtica calidad y que sabe que más allá del poema debe existir un significado profundo, una cosmovisión nacida de una exigencia constante, de una generosa voluntad de comprensión por lo antiguo y de una permanente identificación creadora con lo nuevo.

Su poesía deja una primera impresión que va a ser fundamental en nuestro buceo crítico: el sentido del paisaje. Como pocos, el poeta vive el paisaje, su paisaje, aquel que parece pertenecerle como un derecho natural, innato. Hay en él una vocación tan grande por el paisaje como la que existe en León de Greiff, admirable Dédalo, constructor de laberintos musicales por donde escasamente a tientas logramos seguirle. En ambos la tierra se transfigura en constante que todo lo impregna, obsesivamente, con su aliento telúrico: luminosa permanencia, verdadero surtidor de imágenes, auténtica base del mito.

Es curioso observar cómo en esta poesía el paisaje guarda siempre una relación directa con el hombre, no solo porque este le comunica su más exacto sentido, su completo significado, sino porque existe, además, un vínculo indestructible entre ambos: la complicidad de estar en el mundo, el hecho de estar vivos en un mismo sitio y en un mismo momento. El nexo de la historia estrecha el abrazo del hombre con su habitáculo universal. El paisaje integra al ser humano, le ayuda a vertebrarse comunicándole una sensación de aparente permanencia en medio del eterno fluir, del constante trabajo perdido que son sus años y sus actos. Tal vez por esto, el poeta, en su lejanía de la patria, nos entregue reiterados encuentros con el paisaje nativo, realizados al borde mismo del recuerdo, sobre el cual se desliza la lluvia como un llanto inútil:

*“A su rabia me uno, a su miseria  
y olvido así quien soy, de donde vengo,  
hasta cuando una noche  
comienza el golpeteo de la lluvia  
y corre el agua por las calles en silencio  
y un olor húmedo y cierto  
me regresa a las grandes noches del Tolima  
en donde un vasto desorden de aguas  
grita hasta el alba su vocerío vegetal;  
su destronado poder, entre las ramas del sombrío,  
chorrea aún en la mañana  
acallando el borboteo espeso de la miel  
en los pulidos calderos de cobre”.*

Sin embargo, parece decirnos el poeta, no es fácil resignarse a ver cómo todo aquello que creemos más seguro dentro de nosotros mismos, se transforma tan continua e interminablemente como el tiempo, que siempre está dejando de ser para seguir siendo en el recuerdo: cáncer implacable que todo lo devora con su larga paciencia de gusano de seda. El

paisaje, en cambio, conserva sus líneas, su arquitectura milenaria de gigante dormido, sobre cuya ciega epidermis pasea el hombre su condición de desterrado. "También allí la soledad necesaria, el indispensable desamparo, el acre albedrío". El elemento geográfico ha servido como iniciación, como superficie que oculta territorios íntimos más vastos y profundos. Por medio del paisaje, el poeta llega hasta la increíble soledad del hombre contemporáneo, del hombre de siempre, eterno: río que fluye permanentemente y que, a pesar de la renovación constante de sus aguas, conserva el mismo rostro ante la historia, ese espejo que desnuda todas sus máscaras. Hemos desembocado en el personal exilio de todos, en el plomizo sabor del silencio dentro de los propios límites interiores. "El exilio —ha escrito Camus— es ese sentimiento de destierro, ese vacío que llevamos constantemente en nosotros, esa emoción precisa, el deseo irracional de dar marcha atrás o, por el contrario, de precipitar el paso del tiempo, esas ardientes flechas de la memoria". Alvaro Mutis ha asimilado esta angustia: diez años lejos de la patria, compensados solo con la evocación que destroza como un taladro enloquecido. De ahí el poema:

*"Hoy, algo se ha detenido dentro de mí,  
un espeso remanso hace girar,  
de pronto, lenta, dulcemente,  
rescatados en la superficie agitada de sus aguas,  
ciertos días, ciertas horas del pasado,  
a los que se aferra furiosamente  
la materia más secreta y eficaz de mi vida.  
Flotan ahora como troncos de tierno balsa,  
en serena evidencia de fieles testigos  
y a ellos me acojo en este largo presente de exilado".*

Pero el exilado (molusco que cierra herméticamente su concha) empieza a presentir muchas cosas en su amarga sentencia de soledad. Presa de su delirio, de su desesperación, observa el continuo temblor de la realidad, cual si todas las cosas estuvieran situadas detrás de una cortina de lluvia. El pescador ha cerrado sus redes. Verdaderamente, nuestra vida está hecha de la madera de los sueños, conforme lo advirtió Shakespeare. El desprecio está a solo un paso de distancia. La contemplación del místico acecha como una bestia herida. La utopía se aspira juntamente con el oxígeno. Frente al hastío de todo, esta poesía nos entrega aquel fulgor de vida contenido en el rostro de lo cotidiano. Al eludir las poses trascendentales, el poema ha tocado tierra firme y rubricado la exclamación de Laforgue: *¡Ah, que la vie est quotidienne!* Brota la metáfora limpia, ebria de realidad. Y son el zinc, las jaulas de circo, el hollín de los arrabales, un cuarto de hotel con su cama manchada por la cópula, las basuras en los solares, el oculista, los últimos vagones, los frascos de jarabe y todas aquellas cosas que parecen ser nuestras prolongaciones: palancas más allá de nuestros brazos, palabras más acá de nuestros pensamientos. La poesía vuelve expresivos los utensilios elementales, como ocurre con el *totem* al

contacto de la magia y del rito shamánico. Y, ¿la soledad? Sigue ahí. Y, ¿la amargura? Está presente todavía. Y, ¿la vanidad? Continúa impregnándolo todo.

*“De nada vale esforzarse en tan viejas hazañas,  
ni alzar el gozo hasta las más altas cimas de la ola,  
ni vigilar los signos que anuncian la muda invasión  
nocturna y sideral que reina sobre las extensiones.  
De nada vale.*

*Todo torna a su sitio usado y pobre  
y un silencio juicioso se extiende, polvoso y denso,  
sobre cada cosa, sobre cada impulso  
que viene a morir contra la cerrada coraza de los días.  
Las tempestades vencidas, los agitados viajes,  
solo al olvido acuden, en su hastiado dominio  
se precipitan y preparan nuevas incursiones  
contra la vieja piel del hombre  
que espera su fin  
como pastor de piedra ingenua y aguas ciegas”.*

El hombre, el poeta, en una extraña paradoja de la lucidez, empieza su sonámbulo peregrinar por el mundo. Nada puede explicarle. Su nacimiento no obedeció a una profunda necesidad de sí mismo. Las cosas solo pueden ofrecerle poesía... y, ¿acaso esta puede justificar una vida? Sus palabras, de antemano, están condenadas a perderse en el vacío. “Cada poema un paso hacia la muerte”. De nada vale.

La desesperanza, “esa especie de retracción de la existencia sobre sí misma ante la vacía nihilidad de lo porvenir”, de que nos habla Pedro Laín Entralgo en un ensayo espléndido, nos conduce, juntamente con el poeta, a la más angustiosa meditación sobre la muerte. Alvaro Mutis se detiene, entonces, junto al tiempo, esa vieja máscara que oculta piadosamente los oscuros rictus de la nada:

*“El tiempo, muchacha, que trabaja  
como loba que entierra a sus cachorros,  
como óxido en las armas de caza,  
como alga en la quilla del navío,  
como lengua que lame la sal de los dormidos,  
como el aire que sube de las minas,  
como tren en la noche de los páramos”.*

El tiempo devorándolo todo como un ácido, envolviéndolo como una gasa invisible y venenosa. Polvo radioactivo desprendido del corazón metálico de los relojes como de un viejo infolio, royendo siempre el esperar de los hombres, consumiendo sus más caras imágenes, disolviendo siempre su memoria. Agua sobre un trozo de azúcar.

Pero el tiempo para Mutis no es el instante aridecido de los filósofos, ni el heno que alimenta las vacas sagradas del pensamiento. El suyo es este tiempo cotidiano que muchas veces nos asombra y que generalmente ignoramos: el que palpita veinticuatro horas al día en nuestras muñecas, el que esquematiza la vida en las oficinas y la transforma en estadísticas, el que miramos correr entre las torres desde los bancos de un parque. El tiempo siempre preciso y sencillo, presente como la muerte. De ahí la clara relación entre ambos términos.

A lo largo de todo este libro, Alvaro Mutis nos ha ido transmitiendo el mismo flujo, el idéntico caudal de angustia que roeda sus versos y sus palabras como si se tratara de una conspiración implacable. La revelación y el deslumbramiento poéticos a que hacíamos referencia en un principio nos han entregado —verdadera epifanía del arte— el espíritu desnudo de un hombre que reconoce la desesperanza como su clima vital y que afronta, desorbitado, desollado y tembloroso, todo el horror de su existencia. Por eso su poesía es trágicamente auténtica: sin romanticismos inútiles, sin sentimentalismos innecesarios. Por eso, también, está condenada a ser desconocida por las mayorías: es demasiado avara en pinceladas de azul y en perfume de escondidas, de enigmáticas violetas. Es excesivamente pródiga en humanidad, condición de la mejor, de la mayor poesía.